

Hace ya más de un cuarto de siglo, en 1992, apareció la versión primera de esta obra, dentro de la colección de *Historia Universal Moderna* de la Editorial Síntesis. Se trataba de la quinta monografía. Síntesis se constituyó entonces en una editorial de enfoque universitario que pretendía -y conseguía, como es el caso-, ir más allá del manual, abordando realidades acotadas de la Historia Moderna, a cargo de profesores especializados en ellas. La colección conoció el éxito y en poco tiempo se sobrepasaron los veinte volúmenes. El título que nos ocupa en concreto tuvo una especial buena acogida. Para entonces, el profesor Bouza llevaba casi una década ocupándose de las manifestaciones escritas de la historia cultural -a partir de estudios de notables bibliotecas hispanas del XVI como las de Pedro Juan de Lastanosa, Juan de Ovando, o el III marqués de los Vélez-, y fiel a la perspectiva novedosa que siempre ha caracterizado su quehacer, confirmaba una de las tres líneas de producción historiográfica que mejor definen su trayectoria: el Portugal de los Felipes -o los Felipes de Portugal, como gusta subrayar ahora-, la cultura de corte altomoderna, y los diversos usos y expresiones de la cultura escrita -leída u oída- en los siglos altomodernos.

Esos tres vectores de interpretación dieron en su momento tres frutos que marcaban una diferencia entre la historiografía anterior y esta concreta aportación suya. Si a partir de su tesis doctoral, *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal católico* (1987) se dio inicio a un lusitanismo modernista de nuevo cuño conceptual, en *La corte de Felipe II* (Alianza, 1994), reunió junto a Martínez Millán un conjunto de estudios muy específicos, aportando el suyo, sobre la majestad del monarca y su mito real, que supusieron el comienzo de un período prolífico de aproximaciones a la corte en el modernismo, todavía fecundo. El análisis de la lectoescritura ofrecido en *Del escribano a la biblioteca* hizo de este libro un título fundamental en 1992 pues la perspectiva impuesta por el eco de la metodología chevalieriana en el primer estudio de *Lectura y lectores en la España del siglo XVI-XVII* (Turner, 1976), se centraba en los inventarios de bibliotecas particulares, una aproximación no precisamente nueva [cfr. Huarte Morton, 1955] aunque ahora considerada bajo nuevas premisas. El mismo Bouza partió en su momento de este panorama, como indicamos antes. Fuera de España había cambiado el horizonte historiográfico, especialmente en Francia e Italia, y en nuestro país se requerían nuevos enfoques de base documental pero multirreferenciales, más allá de los inventarios y del libro impreso. Los nuevos marcos asentados en Francia a lo largo de los ochenta por Roger Chartier o esos años en Italia por parte de Armando Petrucci, abrieron nuevas ventanas interpretativas.

El nuevo contexto aludido enmarca *Del escribano a la biblioteca*, sin relegar los inventarios e índices, a los que se les siguió prestando atención obvia desde la nueva historia del libro -Pedraza y otros-. El mismo Bouza realizó años adelante una interpretación extensa del *Índice de la librería de la Torre Alta* del Alcázar madrileño (1637), para uso de la librería privada del cuarto Felipe, a cargo de Francisco de Rioja, bibliotecario regio [*El libro y el cetro*, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2005]. Unía así el autor, con el estudio del índice alcazarino, dos de sus ámbitos interpretativos más frecuentados: los usos reales de majestad y la cultura libraria en la corte.

La cuestión de los catálogos de bibliotecas a lo largo de los siglos, lo que hoy se llama arqueología de los mismos, ha cobrado renovado interés en los últimos años para analizar la dialéctica entre pieza/catálogo y el estudio de la difusión de información sobre los libros. Un valioso ejemplo son las numerosas contribuciones reunidas en *De l'argile au nuage, une archéologie des catalogues (IIe millénaire a.C.-XXIe siècle)*. (Éditions des Cendres, 2015).

La mera lectura del índice de las cuatro partes de que consta *Del escribano a la biblioteca*, que respetan los enunciados de la primera edición, permite reconocer esos marcos nuevos, más vinculados a un contexto de civilización, y que trascienden el éxito que supuso la nueva industria de la imprenta en el consumo de lo escrito. Así, el primer bloque aborda la conciencia lingüística a la hora de escribir, la dicotomía entre lenguas sagradas y vulgares en la transmisión del saber, la diversidad asimétrica en las formas de comunicación altomodernas -oír, ver y escribir- y analiza cómo lo escrito, impreso o manuscrito, se convierte en un canon social de comunicabilidad. Hasta tal punto fue así que, en unas décadas, la proliferación de ediciones en determinadas materias hizo bueno el conocido uso figurado de Saavedra Fajardo en su *República Literaria*: la turbamulta de los libros de Derecho Civil, afirmaba, eran ideales para encender fuego; los de Derecho Penal, para freír pescado, otros lo eran para levantar arcos triunfales y los había perfectos para hacer cohetes o cucuruchos [cfr. *Inujio de Artes y Ciencias*, Madrid, Iulian de Paredes, 1655, fols. 19-23].

El segundo bloque se centra en los usos diversos de la escritura: cómo la manuscrita tenía unas funciones y la impresa otras, y de la enseñanza de la escritura en el contexto de las *bonae litterae*, el tercero se ocupa del poder altomoderno, personificado en reyes y príncipes, y cómo se servían de la escritura para sus funciones y atribuciones de gobierno, y también como instrumento de propaganda, así como de las relaciones entre lo sapiencial y la realza. La última parte considera el libro y su relación con la idea de biblioteca a la luz de los conceptos altomodernos de orden y saber. Ciertamente, la cuestión del «orden de los saberes» fue una preocupación temprana del autor, atestiguada por su texto «La Biblioteca de El Escorial y el orden de los saberes en el siglo XVI», incluido en el volumen colectivo *El Escorial: arte, poder y cultura en la corte de Felipe II* [Universidad Complutense, 1989]. La Laurentina era una librería idónea para indagar en este asunto mayor dada la voluntad real de reunir en un único depósito el mejor saber humano tanto en cuestión de letras divinas -evangelistas, padres de la Iglesia, exégetas y comentaristas-, como en humanas.

El texto original de 1992 ha sido enriquecido con diversas referencias, sobre todo documentales, en la nueva versión de este libro. Lo más acrecentado, con diferencia, han sido los textos del apéndice, que han duplicado su número original hasta alcanzar los treinta y seis testimonios, sin duda un bagaje documental que enriquece mucho la percepción del contexto sociocultural del momento. Si la bibliografía de 1992 recogía numerosas aportaciones previas a esa década -sin olvidar referencias más longevas, como la deliciosa lectura que proporciona González de Amezúa en su *Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro* [Instituto de España, 1946]-, la actual incorpora una treintena de páginas organizada en varias secciones, respaldadas por una nutrida «Adenda bibliográfica» que actualiza lo publi-

A V I S O S

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXV, NÚM. 87 (ENERO - ABRIL, 2019)

NIPO: 046-19-007-9 · DEPÓSITO LEGAL: M-1496-1996

cado desde 1992.

El nuevo *Del escribano a la biblioteca* aparece en Akal, editorial a la que desde 1992 precisamente, el autor ha permanecido vinculado ya sea como asesor o como autor. La colaboración se había iniciado con un ensayo, «Desear el pasado. Contemplar la historia», incluido en la edición del clásico de Burckhardt *La cultura del Renacimiento en Italia*. En 1994 apareció en la editorial su traducción de otro libro esencial: *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, publicado por Elizabeth Eisenstein en 1979. Unos años después, Bouza tendría ocasión de revisar la tesis de Eisenstein y matizarla en las páginas de una de sus más brillantes aportaciones a la historia cultural escrita bajo los Austrias hispanos, *Corre manuscrito* (Marcial Pons, 2001). En 1998 se incorporaron dos volúmenes suyos a la editorial Akal, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, nueva edición de la primigenia de Turner, diez años después, e *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Otra colaboración con Akal supuso la publicación de *Dásele licencia y privilegio. Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro* (2012), derivada del descubrimiento por parte del autor, del memorial de pedimento de Cervantes para que viera la luz su obra universal, un documento presente en una de las escribanías de cámara del Consejo de Castilla -la de Juan Gallo-, conservado en el Archivo Histórico Nacional.

Del escribano a la biblioteca en su nueva edición no será, sin duda, la última sociedad de la firma del profesor Bouza con Akal. *Corre manuscrito* sería el complemento natural de este título reeditado y ninguno de los dos debiera faltar en la faltriquera de cualquier interesado en la cultura escrita altomoderna, no solo de la hispana. El cambio de denominación de «historia del libro y de la lectura» por el de «historia de la cultura escrita» tiene una innegable deuda contraída con la labor científica que el profesor Bouza ha llevado a cabo durante más de un cuarto de siglo. Su trabajo ha servido para alumbrar un camino que pasa por vincular, en una exégesis cohesiva, la escritura con la política, la corte, el arte, la propaganda, el comercio, la religión, los ámbitos institucionales y la diversidad general de espacios de comunicación que generó la civilización europea de la emergente modernidad. Y en hacerlo con el apoyo no solo de los testimonios salidos de la imprenta, sino advirtiendo la importancia decisiva y las funciones específicas que la producción manuscrita supo conservar aún bajo el predominio de la imprenta.